

combaten con furor, pero armados con picas y espadas, inútiles aquéllas por demasiado largas é ineficaces—éstas por las armas defensivas del adversario, unos caen heridos ó muertos y otros huyen. La fuga ha empezado por la derecha, continúa por la izquierda y la victoria es nuestra. ¿No ha sido un felicísimo combate? Pues más glorioso sería si se me permitiera realizarlo. Y habréis observado que no ha sido preciso empeñar en la batalla la segunda y la tercera línea del ejército, bastando para vencer la que formaba el frente. En este punto nada más he de deciros, salvo aclarar cualquier duda que tengáis.

*Luis.*—Habéis descrito la batalla y la victoria con tanta viveza, que, admirado y estupefacto, no sé si acertaré á explicar alguna duda; confiando, sin embargo, en vuestra prudencia, me atreveré á decir lo que pienso. Decidme primeramente: ¿por qué vuestra artillería dispara una sola vez y ordenáis en seguida retirarla á retaguardia, sin hacer después mención de ella?

Paréceme, además, que colocáis la del enemigo á vuestro gusto, haciéndola disparar alto, lo que muy bien podrá suceder; pero si ocurre, y creo ocurrirá con frecuencia, que sus proyectiles rompan vuestras líneas, ¿qué remedio pondréis?

Y puesto que he empezado á hablar de la artillería, concretaré estas preguntas á dicha arma para no referirme más á ella. He oído á muchos desdeñar el orden de batalla y las armas de los antiguos, diciendo que hoy de poco ó nada servirían á causa de la artillería, que destroza las líneas y traspasa las armas defensivas, siendo locura aconsejar una organización sin defensa contra estos ataques y fatigarse con el peso de unas armas que no garantizan la vida.

*Fabrizio.*—Vuestra pregunta necesita, por abrazar varios objetos, larga contestación. Verdad es que no he

hecho disparar á la artillería sino una sola vez y aun dudé que disparara. La causa de ello consiste en importar más no recibir los proyectiles enemigos que herir á éste con los nuestros. Ya habéis oído que para preservarse de la artillería es necesario estar fuera de su alcance ó ponerse detrás de murallas ó de trincheras; y aun en este caso es preciso que sean muy resistentes. Los generales resueltos ú obligados á librar batallas no pueden estar detrás de murallas ó de trincheras, ni situar sus tropas fuera del alcance de la artillería. No habiendo, pues, medio de defensa, conviene encontrar uno para aminorar la ofensa, y no hay otro que el de apoderarse de los cañones lo más pronto posible, para lo cual conviene precipitarse sobre ellos en orden abierto y no á paso medurado y en masas compactas; porque la presteza en el ataque le impide repetir los disparos y el orden abierto herir á muchos hombres. Este medio no es practicable para un cuerpo de ejército formado en batalla, porque, si camina de prisa, se desordena, y si va en orden abierto, evita al enemigo el trabajo de romperlo, rompiéndose por sí mismo.

He organizado mi ejército para poder hacer ambas cosas, colocando en los extremos de la línea de batalla mil vélites ordinarios, y mandándoles que, en unión de la caballería ligera, se arrojen sobre la artillería enemiga tan pronto como la nuestra haya disparado. Retiro mi artillería para no dejar tiempo á la enemiga de volver á disparar, pues no podría yo tenerlo y quitárselo al contrario. No consiento que mi artillería haga un segundo disparo para impedir que lo haga también la enemiga, y aun si es posible, que no dispare ni una sola vez. La única manera de inutilizarla es echarse sobre ella porque, si el enemigo la abandona, cae en vuestro poder, y si la defiende, ha de retirarla, de suerte que, en cualquiera de ambos casos, no puede disparar.

Paréceme que estas razones no necesitan ser apoyadas con ejemplos; puedo, sin embargo, presentar algunos de la antigüedad. Al dar una batalla Ventidio contra los parthos, cuyas principales armas eran los arcos y las flechas, les dejó llegar hasta las inmediaciones del campamento antes de sacar el ejército, á fin de empeñar el combate cuerpo á cuerpo sin que pudieran disparar las flechas. César refiere que, en una batalla contra los galos, le atacaron éstos con tanta presteza, que los suyos no tuvieron tiempo para disparar los dardos, según la costumbre romana. Es, pues, evidente que para evitar en campaña los efectos de un arma que se dispara de lejos, el único medio consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible.

Para marchar contra el enemigo sin disparar la artillería, tengo otra razón que acaso os inspire risa, aun cuando no me parece despreciable. Lo más ocasionado á confusión en un ejército es impedir la vista á los soldados, y muchas valerosísimas tropas han sido derrotadas porque el sol ó el polvo no les dejaban ver. Lo que más estorba á la vista es el humo de los disparos de artillería, y paréceme preferible dejar al enemigo cegarse con el humo de sus cañones que ir á su encuentro sin verle. No prescindiré, sin embargo, de la artillería (lo cual sería desaprobado, vista la reputación de esta arma), pero la pondré en los extremos de la línea de batalla, para que, con el humo, no ciegue á los soldados del frente del ejército, cosa para mí de la mayor importancia. En prueba de lo temible que es este peligro, citaré el ejemplo de Epaminondas, quien, para cegar al enemigo que venía á atacarle, hizo correr á su caballería ligera por delante del frente de batalla de los contrarios á fin de que la polvareda levantada por los caballos les impidiera ver, con lo cual alcanzó la victoria.

En cuanto á lo que decís de haber colocado la artillería enemiga á mi gusto, haciendo que pasen sus proyectiles por encima de mis soldados, responderé que ordinariamente la artillería gruesa no causa daño á la infantería, porque el blanco que ésta presenta es bajo y la puntería difícil. A poco que la levantéis pasan los proyectiles por encima de los soldados, y á poco que la bajéis dan en tierra antes de llegar al enemigo. Otro obstáculo á la puntería es la desigualdad del terreno, pues impiden hacerla bien cualquier matorral ó eminencia entre los cañones y la infantería. La caballería, y especialmente los hombres de armas, por ser su formación más compacta que la de la caballería ligera y por su mayor altura, es más fácil dañarla con la artillería, pero se evita el daño teniéndolos á retaguardia del ejército hasta que cesen los disparos de los cañones.

Indudablemente los arcabuces y la artillería pequeña causan mucho más daño que la gruesa, y el mejor medio de evitarlo es llegar cuanto antes á las manos. Si el primer choque cuesta la vida á algunos soldados, debe tenerse en cuenta que siempre ha de haber muertos, y que un buen capitán y un buen ejército no han de temer el daño particular, sino el general. Dignos de imitación son en esto los suizos, que jamás rehusan combatir por temor á la artillería; castigando con pena capital á quien se atreva, por tal causa, á abandonar las filas ó á dar cualquier señal de miedo. Hago retirar mi artillería á la espalda del ejército después de la primera descarga para que deje libre el paso á los batallones, y no hablo más de ella por ser innecesaria, una vez empeñado el combate.

Habéis añadido que muchos juzgan inútil las armas y el orden de batalla de los romanos contra la violencia de la artillería, y, al oíros, podría creerse que modernamente hemos inventado una organización militar y

unas armas que sean eficaces contra los cañones. Si lo sabéis, os agradeceré me lo digáis, porque hasta ahora no conozco ninguna, y dudo que pueda hacerse tal descubrimiento. Quisiera me dijese los que aseguran eso por qué razón nuestra infantería usa coraza ó coselete de hierro y la caballería armadura completa, pues si condenan como inútil el armamento antiguo á causa de la artillería, lo mismo deben condenar éste. Quisiera saber también los motivos de hacer los suizos, imitando la antigua organización militar, un cuerpo compacto de seis ú ocho mil infantes y por qué las demás naciones siguen su ejemplo, siendo este orden de batalla tan expuesto á sufrir el daño de la artillería como cualquiera otro de los antiguos que ahora se imiten.

No sé lo que me responderían, pero si preguntáis á cualquier militar juicioso os dirá que los soldados llevan las citadas armas defensivas porque, si no les libran de las balas de los cañones, les defienden de las ballestas, las picas, las espadas, las piedras y todas las demás armas de que se valga el enemigo; os dirán también que usan la formación en masas, como los suizos, para poder rechazar la infantería fácilmente, resistir el choque de la caballería con más vigor y presentar mayor obstáculo á quien quiera romper sus filas.

Se ve, pues, que los soldados han de temer otras muchas cosas además de la artillería, de las cuales se defienden con las armas y practicando las reglas establecidas; de donde se deduce que cuanto mejor armado está un ejército y su formación es más compacta y unida, está más seguro. Quienes, por tanto, tengan la opinión que habéis manifestado ó son gentes de escasa prudencia ó han meditado poco estos asuntos, pues si vemos que la más pequeña parte del armamento antiguo usado hoy, esto es, la pica, y la menor parte de su organización, que es la de las brigadas suizas, hacen

tanto bien y fortalecen tanto nuestros ejércitos, ¿por qué no hemos de creer en la utilidad de las demás armas y ordenanzas caídas en desuso? Si no nos cuidamos de la artillería para adoptar la formación en masa de los suizos, ¿cuál otra de las antiguas podrá aumentar el peligro? Sabido es que ninguna formación resulta tan expuesta al daño de la artillería como la que estrecha las filas de los soldados.

Además, si no me asusta la artillería enemiga para acampar junto á una plaza fuerte desde donde me ofende con mayor seguridad, pues protegiéndola los muros no puedo apoderarme de ella y si sólo, al cabo de tiempo, contestar con mis cañones á los de la plaza, ¿por qué la he de temer en campo abierto, donde hay medio de quitársela al enemigo? Creo, pues, que la artillería no es impedimento para practicar las ordenanzas antiguas y mostrar las antiguas virtudes. Si no hubiera hablado ya otra vez de este asunto, lo haría ahora con más extensión; pero me atengo á lo que entonces dije (1).

*Luis.* Hemos comprendido perfectamente cuanto habéis dicho acerca de la artillería, demostrando en suma que el mejor remedio contra sus disparos consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible, estando en campaña y frente á un ejército. Pero tengo una duda. Parece que el enemigo puede colocar su artillería en los flancos de sus fuerzas y resguardarla con la infantería de modo que pueda causaros daño, sin peligro de ser atacada. Al formar vuestro ejército en batalla habéis dejado, si no recuerdo mal, intervalos de cuatro brazos entre cada batallón y otros de veinte entre los batallones y las picas extraordinarias. Si el enemigo forma de igual modo su ejército y pone la artillería en dichos in-

(1) En el libro II de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

tervalos, creo que desde ellos podrá causar daño á vuestras tropas con grandísima seguridad, por ser muy difícil penetrar en sus filas para apoderarse de los cañones.

*Fabricio.*—La duda está perfectamente justificada y procuraré disiparla remediando el citado peligro. He dicho que los batallones están en continuo movimiento, tanto en las marchas como en las batallas, y tienden naturalmente á unirse, de modo que si hacéis estrechos los intervalos donde colocáis la artillería, al poco tiempo quedan cerrados y los cañones no pueden disparar; y si, para evitar este inconveniente, los hacéis demasiado anchos, incurris en otro mayor, facilitando al enemigo entrar por ellos, no sólo para apoderarse de la artillería, sino para desordenar las líneas. Sabed, además, que no puede situarse entre filas la artillería, sobre todo la que va en carros, porque, caminando en sentido opuesto al que dispara, si os veis obligado á marchar y tirar á la vez, para disparar necesitáis volver los cañones, y esta operación exige tan grande espacio, que cincuenta carros de artillería desorganizarían cualquier ejército. Por eso es necesario tenerla fuera de las filas, donde puede ser atacada del modo que hace poco dije.

Pero supongamos la posibilidad de que esté entre filas, eligiendo un término medio en el intervalo, para evitar que, por pequeño y por la tendencia de la infantería á unir las filas, le impida disparar, y, por espacio, deje penetrar al enemigo: en tal caso, el remedio consiste en abrir un espacio igual en vuestro ejército que deje á las balas libre paso é inutilice su violencia, cosa fácil de practicar, pues si el enemigo quiere que su artillería esté segura ha de situarla al final del intervalo, y, para no herir á sus soldados, disparar constantemente en línea recta, de suerte que, con dejar paso á los proyectiles, se conjura el peligro. Por regla gene-

ral ha de dejarse vía libre á todo lo que no se puede resistir, como se hacía en la antigüedad con los elefantes y con los carros armados de hoces.

Creo, casi estoy seguro, de que os parece he arreglado una batalla y conseguido una victoria á mi antojo; pero si no basta á convenceros cuanto hasta ahora he dicho, repetiré que un ejército ordenado y armado como he propuesto, necesariamente derrotará en el primer encuentro á cualquier otro ejército organizado como lo están los modernos, los cuales ordinariamente sólo tienen un cuerpo de batalla, no llevan escudados y van tan desprovistos de armas defensivas, que les es imposible resistir los golpes del enemigo cuando ataca cuerpo á cuerpo. El orden de batalla es tan defectuoso que, si enfilan los batallones unidos por los flancos, forman una línea sin profundidad; y si se colocan uno detrás de otro, como no están formados para que entren en las filas de los de atrás los de delante, la confusión primero, y el desorden después, se producen con la mayor facilidad. Y aunque estos ejércitos estén divididos en tres cuerpos con los nombres de vanguardia, batalla y retaguardia, la división sólo la practican en las marchas ó en los campamentos, pues en las batallas todos atacan á la vez y procuran en el primer choque la victoria.

*Luis.*—He advertido también en la batalla por vos descrita que vuestra caballería fué rechazada por la enemiga, retirándose para buscar apoyo en las picas extraordinarias, con el cual contuvo y rechazó al enemigo. Creo que las picas pueden contener á la caballería, como habéis dicho, pero sólo cuando forman batallones cerrados y fuertes como los de los suizos; pero en vuestro ejército sólo colocáis al frente cinco filas de picas y á los flancos siete, de modo que no sé como puedan resistir el choque de la caballería.

*Fabricio.*—Ya os he dicho que en la falange macedó-

nica sólo eran eficaces á la vez para la resistencia las seis primeras filas de picas: sabed también que en un batallón suizo, aunque tuviese mil filas de fondo, sólo pueden obrar contra el enemigo cuatro ó á lo más cinco. Las picas son de nueve brazos de largas (1), brazo y medio lo ocupan las manos para sostenerlas, y en la primera fila quedan libres siete brazos y medio. En la fila segunda, además del espacio ocupado por las manos, se pierde brazo y medio en la distancia entre las dos filas, y sólo quedan útiles seis brazos de pica; en la fila tercera, por igual motivo, sólo hay aprovechables cuatro brazos y medio, tres en la cuarta y uno y medio en quinta. Las demás filas son inútiles para herir al enemigo, pero sirven para ir reemplazando á los que caen en las primeras, según dijimos oportunamente, y como barbacana de las cinco.

Si, pues, cinco de estas filas resisten el choque de la caballería, ¿por qué no han de resistirlo cinco de las nuestras, á las cuales no faltan filas detrás que le sostengan y presten igual apoyo, aunque no tengan picas, como las de los suizos?

En cuanto á las filas de picas extraordinarias que pongo en los flancos del ejército y que os parecen muy débiles, fácil es formarlas en cuadro y ponerlas á los flancos de los dos batallones colocados en la última línea del ejército, desde cuyo sitio pueden acudir igualmente en apoyo del frente y de la retaguardia del ejército y prestar ayuda á la caballería, según las circunstancias lo exijan.

*Luis.*—¿Emplearíais siempre el mismo orden de batalla en todos los casos?

*Fabricio.*—En manera alguna. Hay que variar el orden con arreglo á las condiciones del sitio y á la cali-

(1) Poco más de cinco metros.

dad y cantidad del enemigo, como se demostrará con algunos ejemplos antes de terminar esta conversación. He presentado este orden de batalla, no como superior á los otros, aunque sea excelente, sino para que sirva de regla al hacer variaciones. Todas las ciencias tienen sus principios generales que les sirven de fundamento. Insisto, sin embargo, en recordaros que ordenéis siempre el ejército de modo que los combatientes de las primeras filas puedan ser apoyados por los que están detrás, pues quien hace lo contrario inutiliza la mayor parte de su ejército, y, si tropieza con seria resistencia, no puede vencer.

*Luis.*—En este punto tengo una duda. En vuestro orden de batalla ponéis cinco batallones al frente, tres detrás y dos en la última línea. Creo sería mejor hacer lo contrario, pues me parece más difícil derrotar un ejército cuando el enemigo, á medida que avanza, encuentre mayor resistencia, y, con vuestro sistema, cuanto más penetrara la hallará más débil.

*Fabricio.*—Recordad á los triarios que formaban la tercera línea en la legión romana, siendo sólo seiscientos hombres, y dudaréis menos si os acordáis cómo estaban formados. Siguiendo este ejemplo, he colocado en la tercera línea dos batallones, ó sean novecientos soldados, de modo que, al imitar la formación romana, he puesto más bien más que menos soldados en esta línea. Y aunque el ejemplo es convincente, diré, además, el motivo en que me fundo.

La primera línea del ejército se forma espesa y sólida, porque es la que sostiene el empuje del enemigo y no ha de recibir refuerzos. Conviene, pues, organizarla con numerosos soldados, pues si son pocos, las filas resultarían flacas y espaciadas por falta de número. La segunda línea, destinada más bien á recibir á la primera, si es rechazada, que á afrontar al enemigo, debe te-

ner grandes intervalos y por eso conviene que sea de menor número que la primera; porque si fuera de número mayor ó igual, ó no podría dejar intervalos, lo cual ocasionaría confusión, ó, dejándolos, sería de mayor extensión que la primera, constituyendo un orden de batalla imperfecto.

No es exacto lo que habéis dicho de que el enemigo cuanto más penetra en mi ejército lo halla más débil, porque no puede combatir con la segunda línea sin que á ésta se haya unido la primera, de modo que la encuentra más fuerte y no más débil, teniendo que combatir con las dos primeras líneas reunidas. Lo mismo le sucederá si llega á la tercera línea, pues no solo tendrá que batirse en ella con los dos batallones de tropas descansadas que la forman, sino con todos los de la brigada. Como esta línea es la destinada á recibir los batallones de las dos primeras, conviene que esté muy espaciada y sea menor que en aquellas el número de soldados.

*Luis.*—Me satisface esta explicación. Pero permitidme una pregunta. Si los cinco batallones de la primera línea se unen á los tres de la segunda, y después los ocho á los dos de la tercera, ¿cómo es posible que los ocho primero y los diez después ocupen el mismo espacio que los cinco del frente de batalla?

*Fabricio.*—En primer lugar, no es el mismo espacio, porque los cinco batallones de la primera línea tenían entre sí cuatro intervalos y los ocupan al retirarse hacia los tres de la segunda línea y hacia los dos de la tercera. Queda aún el espacio que media entre dos brigadas y el que hay entre dos batallones y las picas extraordinarias, y todos estos intervalos forman bastante extensión. Añádase á esto que los batallones no ocupan el mismo espacio cuando están formados antes de la batalla que cuando el combate los desordena, porque

en este caso, ó estrechan las filas ó las desparraman. Sucede ésto cuando el temor les obliga á huir; y aquello cuando creen que su salvación no está en la fuga, sino en la defensa, la cual pueden hacer uniéndose, no dispersándose.

Añádase á esto que las cinco filas de picas que están delante, una vez empeñada la lucha cuerpo á cuerpo, se retiran por los intervalos de los batallones á retaguardia, para dejar espacio á las maniobras de los escudados y de estas picas puede servirse el general para lo que crea oportuno, pues mezcladas con la demás infantería en el tumulto de la lucha, serían ineficaces. Resulta, pues, que los espacios dispuestos en las tres líneas de batalla son suficientes para contener al remanente de los soldados de las dos primeras. En último caso, si no fueran bastantes los flancos del ejército, no los forman muros, sino hombres, y á ambos lados pueden extenderse y ocupar el terreno necesario para todos los combatientes.

*Luis.*—Las filas de picas extraordinarias que ponéis en los flancos del ejército, ¿deben permanecer en su puesto cuando los batallones de la primera línea se retiran á la segunda, formando como dos cuernos al frente del ejército, ó se retiran al mismo tiempo que los batallones? En este caso, no teniendo detrás filas espaciadas que los reciban, ¿qué deben hacer?

*Fabricio.*—Si el enemigo no las combate cuando obliga á los batallones de la primera línea á retirarse, pueden permanecer en su puesto y combatir al contrario por los flancos después de la retirada de la primera línea; pero si son atacadas, como es de presumir, al ser el enemigo bastante fuerte para rechazar los batallones, deben retirarse; lo cual harán facilísimamente, por no tener á su espalda filas que las reciban, debiendo doblar el fondo, y entrar en línea recta unas filas entre las

otras, como expliqué al hablar del modo de doblar las filas. Cierto es que para doblar el fondo, marchando en retirada, se emplea un método distinto del explicado; porque dije que la segunda fila debía entrar en la primera y la cuarta en la tercera y así sucesivamente, y en este caso no se ha de comenzar por las primeras filas, sino por las últimas, de manera que, al doblarse las filas, en vez de avanzar, se retiren.

Para responder á cuantas objeciones podáis hacerme respecto á la explicada batalla, repetiré que mi organización del ejército y lo dicho respecto á la manera de combatir se funda en dos razones: una demostrar cómo se ordena en batalla, otra cómo se ejercita. De lo primero no creo tengáis duda alguna. Respecto á los ejercicios, sostengo que deben hacerse cuantas más veces sea posible reuniendo los batallones, pues así aprenderán los oficiales á mandarlos y los soldados á desempeñar cada cual su misión en las filas. Si esto es necesario, lo es también que los oficiales sepan todas las maniobras generales y se acostumbren á obedecer las órdenes del general en jefe.

Conviene, por tanto, aprendan á reunir los batallones, á ocupar rápidamente cada cual su sitio y que la bandera de cada batallón tenga ostensiblemente el número que le corresponda, porque esto facilita la transmisión de las órdenes del general y permite á capitanes y soldados reconocerse mutuamente. Las brigadas han de estar también numeradas y llevar su número en la bandera principal. Es preciso saber perfectamente los números de las brigadas que forman los extremos izquierdo y derecho de la línea de batalla, y también el de cada uno de los batallones puestos al frente, en el centro y en otros sitios.

Los números han de ser igualmente signos correlativos que indiquen los empleos en el ejército; por ejem-

plo, el número primero será el de los decuriones; el segundo corresponderá al jefe de cincuenta vélites ordinarios; el tercero al centurión; el cuarto al jefe del primer batallón; el quinto al del segundo; el sexto al del tercero, y así sucesivamente hasta el décimo batallón, cuyo jefe será inmediatamente inferior al que mande la brigada. A este cargo no se podrá llegar sin haber pasado por todos los anteriores.

Como además de estos jefes tenemos tres condestables de picas extraordinarias y dos de vélites extraordinarios, les daría el grado de condestables ó jefes del primer batallón, sin cuidarme de tener seis jefes de igual graduación, porque habría entre ellos más estímulo para obtener el empleo inmediato.

Sabiendo cada uno de estos jefes el lugar en que debe ser colocado su batallón, una vez enarbolada en su sitio la bandera capitana, bastarán los toques de trompeta para que todos acudan al que les corresponde. Este ejercicio de acostumbrarse á formar en orden de batalla es el principal de todos, y por ello conviene practicarlo diariamente y varias veces por día, acostumbrándose á hacer, deshacer y rehacer la formación.

*Luis.*—¿Qué otras señales, además del número, deben tener, en vuestra opinión, las banderas?

*Fabricio.*—La del general debe llevar las armas del soberano; las otras pueden tenerlas también variando el campo, ó ponerles otra señal, como mejor parezca á aquel á quien pertenezca el ejército, porque esto importa poco, con tal de que se conozca la diferencia entre ellas.

Pasemos al segundo ejercicio: consiste en poner en movimiento el ejército con paso medurado y sin perder el orden de formación. El tercero ha de ser maniobrar como en el campo de batalla, haciendo disparar la artillería y retirarla; avanzar los vélites extraordinarios, y

después de un simulacro de combate, retirarlos; hacer que los batallones de la primera línea, como si fueran rechazados, se retiren á los intervalos de la segunda y después los de la primera y segunda á la tercera, desde la cual cada uno volverá á ocupar su primitivo sitio. El cuarto ejercicio debe dedicarse á conocer, por los toques de las trompetas y por las banderas, las órdenes de mando de los jefes, pues las que se den de viva voz se comprenden desde luego sin necesidad de señales.

Dada la importancia que tienen los toques de trompetas para transmitir las órdenes, os referiré los que se usaban en la antigüedad. Dice Tucídides que los lacedemonios empleaban en sus ejércitos las flautas, por creer que sus sonidos eran los más á propósito para que los soldados maniobraran, no con precipitación, sino con calma. Por igual motivo usaban los cartagineses el sistro al empezar el ataque. Aliatos, rey de los lidios, se valía de sistros y flautas, pero Alejandro Magno y los romanos prefirieron los cuernos y las trompetas, por creer que con tales instrumentos enardecían más el ánimo de sus soldados y les excitaban á combatir con mayor valor.

Pero de igual manera que para armar nuestro ejército hemos apelado á las armas de los griegos y de los romanos, imitaremos también á estos pueblos en la distribución de los instrumentos, haciendo que junto al general en jefe esté la trompeta, como á propósito, no sólo para excitar el valor de los soldados, sino porque su sonido se oye á través del mayor ruido.

Junto á los jefes de brigada y de batallón pondría flautas y tamboriles, para que tocasen, no como tocan ahora, sino como se acostumbra á tocarlos en los festines. El general ordenaría con los toques de trompeta cuándo se debía hacer alto, avanzar ó retirarse, cuándo habían de disparar la artillería ó moverse los vélites

extraordinarios, y, en fin, todas las maniobras que cabe mandar por medio de toques, y los tamboriles los repetirían en seguida. Como este ejercicio es muy importante, conviene practicarlo mucho. La caballería ha de llevar también trompetas, pero menos fuertes y de distinto sonido que las del general.

Esto es cuanto me ocurre respecto al orden de batalla y á los diversos ejercicios de las tropas.

*Luis.*—Os ruego me expliquéis, si no os molesta, por qué razón hacéis atacar furiosamente y con grandes gritos á los vélites extraordinarios y á la caballería ligera, y el resto del ejército debe acometer silenciosamente, pues no comprendo el motivo de la diferencia.

*Fabricio.*—En la antigüedad los generales opinaban de distinto modo sobre si se debía atacar al enemigo rápidamente y dando grandes gritos, ó despacio y en silencio. Este último sistema mantiene mejor el orden de formación y permite oír los toques y las voces de mando, y el primero sirve para enardecer á los soldados. Como ambas ventajas son importantes, hago atacar á unos con gran ruido y á otros silenciosamente. No creo que el gritar de continuo sea beneficioso, pues impide oír las órdenes, y esto es muy peligroso. No es probable que los romanos, después del primer ataque, continuaran gritando, pues se leen con frecuencia en su historia frases y exhortaciones de los generales para detener á los soldados que huían, y para hacer cambios en el orden de batalla durante el combate, cosa imposible si los gritos de los soldados cubrieran la voz del general.